

PERIODICO  
POLITICO, LITERARIO Y NOTICIOSO  
Se publica por la  
Imprenta de «LA LEY».  
CALLE DE LA SIERRA núm. 149

La Redacción se ha trasladado provisoriamente á la  
Calle de San Luis, esquina Polonio.

## La Libertad

ROCHA, SETIEMBRE 24 DE 1885.

### La disciplina militar y las palizas

En un poco más de dos meses y medio que, según la feliz expresión de «El Imparcial», es de la cosa (aquella de las calles del Polonio y San Luis), nuestro Director y vé todo lo que pasa en el interior del cuartel de Policía, ha tenido ocasión, varias veces, de presenciar la aplicación de castigos corporales á algunos guardias civiles, por parte de superiores más ó menos elevados en jerarquía.

Cumpliendo con un deber de lealtad y honradez, nos complacemos en declarar que, ni una sola vez, faltó motivo para el castigo; y por consiguiente declaramos que no fueron abusos de la fuerza, ó de la influencia moral que dan los galones, sino penas que realmente merecía el que tuvo, que sufrirás.

Pero, hecha esta declaración, que consideramos justa y procedente, nos queda el deber y el derecho de protestar contra las palizas, á quienes quiera que sean aplicadas, tanto á simples ciudadanos como á militares, sea estos de linea ó no.

Sabemos muy bien las necesidades que impone el respeto de la disciplina.

El que estas líneas escribe también sirvió (y no en tiempo de paz) en un ejército que alguna fama tiene de valor y obediencia; y por consiguiente, sabe que, á veces, hasta se necesitan sanguinarios ejemplos para que se respeten á los oficiales.

Pero profesa la doctrina, admitida en la mayor parte de los pueblos civilizados de que el soldado que se golpea queda deshonrado y se deshonra también el jefe que da los golpes.

Al emitir esa opinión vamos á chocar quizás con los sentimientos de oficiales verdaderamente apreciables y con la amistad de los cuales nos honramos; pero la conciencia del deber cumplido nos impone esta declaración, que oja á pueda contribuir á que desaparezca para siempre de este pueblo, la última huella que queda de los tiempos de barbarie, la costumbre que tiene algunos militares (y de los mejores) de pelar la lata por un si ó por un no, y de caerlo á planazos al mismo Padre Santo, si se les pone por delante.

Sabemos que es moneda corriente esto proceder en el ejército de la República; pero no por eso es menos reprensible; y el elemento cuito y digno,

## FOLLETIN

### Hector Servadac

Aventuras y Viajes

POR EL MUNDO SOLAR

por

JULIO VERNE

— ¿Y no qué? preguntó Héctor Servadac.

— No hacerlo áficos su instrumento de maldición.

— Romper su anteojos Ben Zuf.

— En mil pedazos.

— Pues bien si lo hiciesas te mandaría ahorear.

— ¡Oh, ahorear!

# LA LIBERTAD

DIRECTOR—PABLO NANSOT

Se puede hablar con el Redactor con perfecta libertad...  
si la autoridad lo permite

### SUSCRICIÓN

Por un mes	1 CO.
“ 6 meses	5.50
“ 1 año	10.00
Número suelto	15

que cada día se va aumentado en él, pugna cada día más para concluir con esta costumbre.

Ya, aunque en práctica sea aún difícil desarrancarla, en teoría se condama abiertamente la aplicación de castigos corporales.

Véase, por ejemplo, lo que á propósito de ella, dice el periódico titulado «Regimiento 1º de Artillería», publicación rodeada de toda la protección oficial; pero que revela tendencias realmente dignas de elogio.

En su número de 31 de Julio de 1885, encontramos las frases siguientes, en un artículo titulado «Premios y penas».

«Sin embargo, hay sujetos que, a veces, por quitarme allá esas pajas, desandan la hoja y..... tris, tris..... y arda Troyal.... ¡Están irascibles! Lo cual no ocurre siempre, puesto que de ordinario, arde el mundo á gatas, ande á la diabla, los tales no se mueven.... ¡Sería mucho trabajo! ¡Están imposibles!

«Pero, á Dios gracias y al rastillo administrativo, que espuzga el ejército de semejante broza, dia á dia van desapareciendo, hasta el punto de ser ya raras hoy esas constituciones lunáticas y ponderosas. La moral militar se transforma, el buen proceder, las buenas costumbres de una elevada cultura invaden los caracteres, perfeccionándolos como las aguas sedimentosas de desbordado arroyo alteran lentamente los terrenos que inundan».

¡Hé aquí lo que escribe un joven oficial, en un periódico protegido á tardas luces por la administración militar del país!

Si estas frases fueran de un pícaro opositor, podrían ser tachadas de apasionadas e injustas, y hasta encontraríamos que el autor va demasiado lejos, pues echa la acusación disimulada de cobardía en los que se hacen culpables de tales abusos de fuerza (nosotros más bien preferimos ver en eso una aberración mental causada por defectos de educación); porque hemos visto soldados realmente valientes y dignos abusar lastimadamente de la lata; pero hemos copiado el pasaje en cuestión, para hacer ver que, ya de parte iustiticia del ejército considere como broza á los que así proceden y, aunque no sea completa verdad, tanta belleza, deseas que el rastillo administrativo haga desaparecer ese brazo de entre sus filas.

Esa es una tendencia noble y que, procedida de dondo proceder, debe ser auxiliada por todo hombre digno y nosotros, que deseamos también la desaparición de semejantes actos de brutalidad, sea por el medio que indica el

articulista á que nos hemos referido, sea por enmienda de los mismos culpables (lo que sería infinitamente preferible), sea de cualquier modo, con tal que sea legal y decoroso, nos hemos determinado á escribir esta serie de artículos para contribuir á tal resultado.

Pero, dirá alguien, si se suprimen los castigos, ¿de qué modo podrá mantenerse la disciplina?

Como no disponemos de bastante espacio para explicarlo en este número, nos reservamos hacerlo en el próximo.

Por hoy nos contentamos con haber probado que ya, en el ejército mismo, el elemento sano y culto del mismo, empieza á despreciar al oficial que apalea á sus inferiores y aunque no consideremos justo del todo tal desprecio, nos alegramos de él, porque revela tendencias á hacer desaparecer costumbres que demuestran tanta brutalidad como irreflexión.

### Volvemos á la carga

Ocupados en varios otros asuntos hace días que hemos dejado de seguir reclamando de la Junta el que active la operación de la mensura del Ejido, y que termine de una vez el deslinde de todas las chichas en el existentes.

Cansados estamos realmente de reclamar eso, que no es más que un derecho, de todos los modos y en todos los tonos posibles.

Parce que hay una verdadera malición escondida sobre esto asunto que hace tiempo queda paralizado y, realmente, nos asalta por momentos la duda si se habrán manifestado del todo los que en él tomaron parte.

Vez pasada «El Imparcial» no pudo menos que reconocer la razón que, en el fondo, nos asistía al hacer esta reclamación y quiso dar una sombra de escusa para explicar la plenaria durante cierto tiempo, alegando que recordaba por causa no estar trazado el camino real, lo que impedia deslindar ciertos terrenos; pero es preciso reconocer que era poco feliz la ocurrencia, puesto que las reclamaciones pendientes versaban sobre terrenos situados precisamente en el extremo opuesto al camino real.

Como vió que no servía la disculpa, porque ya había venido lo irremediable de las alegrías á determinar dicho camino, buscó otra cosa y echó á correr la misticación de que faltaba precisar el punto por donde pasa el camino de Las Islas.

Llamamos misticación esta nueva ocurrencia, porque el tal camino, en el paso de los Conchitas (que es el punto

mostraba entonces un disco de inmensa superficie).

Velando distintamente las zonas de colores variados que le surcan paralelamente al ecuador, bandas grises al Norte y al Sur, alternativamente oscuras ó luminosas en los polos, dejando una luz más intensa en los bordes mismos del astro. Manchas muy visibles alteraban acá y allá la pureza de aquellas zonas transversales, y variaban á cada momento de forma y de tamaño.

Aquellas bandas y aquellas manchas eran el producto de las teraciones atmosféricas de Júpiter. Su presencia, su naturaleza, su movimiento, debían explicarse por la acumulación de vapores, por la formación de nubes empujadas por corrientes aéreas, que se mezclan con los vientos alisios, se propagaban en sentido inverso á la rotación del planeta sobre su eje. Esto es lo que Palmirano Rosita no podía afirmar.

to en duda) no sirve de límite á ninguna chaqua, sino que pasa por el medio de terrenos que nadie puede disputar á D. Justo Caballero y, aunque, lo que no es posible, se retirase á 5 ó 6 cuadras á derecha ó izquierda, siempre vendría á quedar dentro de los límites de la misma chaqua.

Pero, aun admitiendo como valida esta nueva disculpa, ¿que hace la Junta, que no se apura en terminar de una vez este pueyo asunto para hacer adelantar algo el otro?

Parce que quisiese ver hasta donde alcanzan los límites que pueda tener la paciencia del público y probar el aguante del mismo para soportar la indolencia de sus mandatarios.

Haria muy mal, si esto fuoso cierto, en jugar así con el fuego.

Esperamos pues todavía que ha de reaccionar y terminar de una vez la operación de que nos ocupamos ahora.

Sería lo mas conveniente para todo el mundo.

### Cronica Social

#### EN LO DE GÁRATE

Es indudable que un rato de sociedad importa muchas veces el hacer más expansivas las gratas impresiones del alma, revestir nuestro ideal con ramos de flores y desdellar todos los viejos que importen un retramiento, perjudicial siempre á la instrucción moral de una persona; en esas horas de completa sociabilidad en que se sienten con entusiasmo verdaderos placeres que se experimentan al observar caracteres alegres, rostros angelicales, miradas abrasadoras, etc., es que se olvidan por muchísimo rato todas las tristezas del alma para dar dulces expansiones al corazón.

Pejaremos de dar soltura á nuestros ideales y diremos que con motivo de unos bailes se efectuó la noche del 19 una explosión de tertulia en la casa habitación del Sr. D. Andrés Gárate. Fueron padrinos la apreciable Señorita Rosalía Gárate y el caballero D. Juan Labaque.

Damas distinguidas de nuestra sociedad se habían dado cita en los salones de la casa del expresado señor Gárate, que sencilla y elegantemente habían sido adornados.

Daremos á conocer á los lectores las impresiones que hemos recibido.

El destile de la música al son de una armoniosa danza hizo cambiar de aspecto á los concurrentes.—Allí vimos á R. luciendo su elegancia. Graciosa y risueña como un ángel, escuchaba lo más enternecedora las consideraciones

mar, como no lo afirman sus colegas de los observatorios terrestres. Si volvía á la Tierra no podría tener, ni aún el consuelo de haber sorprendido uno de los más interesantes secretos del mundo joviano.

Durante la segunda semana de octubre, los temores fueron más vivos que nunca. Galia llegaba con gran celeridad al punto peligroso. El conde Timaseloff y el capitán Servadac, generalmente un poco reservados, sin embargo, uno respecto de otro, se sentían inclinados á estrechar más su amistad en frente del peligro común. Continuamente hablaban de él, y cuando consideraban la partida como perdida, y la vuelta á la Tierra como imposible, trataban de escuchar los secretos que el pervenir les reservaba en su viaje por el mundo solar, y quizás por el mundo sidereal. Resignándose de antemano á su suerte, se veían trasportados á una

que sobre el sublime amor se emponzaba en hacerlo comprender mi amigo J., asegurándolo á la vez que tenía la conciencia limpia para decir tales cosas, D., niña de exquisita bondad, escuchaba con atención las palabras de R., pero condolido de la ausencia de J. M.—J. recobrando tiempos perdidos, contemplaba á su ídolo la joven S.—M., elegante pícaro, hacía halagos á las primeras, palabras de amor, á la encantadora E.—R., acompañada de J., conjugaba correctamente y con propiedad todos los tiempos del verbo amar.—La simpática J. escuchaba detenidamente las lamentaciones del angel de sus ensueños, el joven J. M.—M., triste y al parecer impresa en el rostro las huellas de un gran dolor, compartida con A., la niña de ojos encantadores, su adoración.—J. M. olvidando la ausencia de L., se entretenía con otra L.; á la par que P. y C. intermedian continuamente olvidando también sus ausencias del momento.

—T. correspondía con la hermosa M., y se preguntaban el porqué G. se llevaba tan melancólico y ensimismado.—L., rico pímpolo, miraba con ternura á A., y éste suspirando la contemplaba, diciéndole que P. no la quería.—J. A. en la debilidad de su alma, hacía esfuerzos para abordar ciertas cuestiones de amor con la simpática M.—L. ya célebre «Matemático» optando la ausencia de la Dulceña I. encontraba verdadero placer en alegrar la conciencia, declarándose así el alegre inicio de la risa.—V. dirigiendo ayes y miradas desgarradoras á C. la contemplaba.—El seductor J. demostraba melancolía; sin duda pensaba en D., que estaba ausente.—B. sentada en un rincón al lado de M., escuchaba complacida las dulces palabras que ésta le daba.—El dandy E. no encontraba rama en que posarse, debido á la ausencia de Z.—El amable F. repartía suspiros á todos vientos, dirigiéndose á la simpática F.—D. inspiraba ardientes simpatías por F. á la vez que ésto le juraba su verdadero amor.—F. se volvía loco para explicarlo á J. en precisión para él saber amar.—F. imitando á una sirena pide una embriaguez completa de amor por B.

Tarea difícil, sino imposible, sería el enumerar todas las bellezas y deidades que había en el baile.—Solo anotamos las que recordamos en el momento, con la simple penetración de cronista poco acostumbrado.

No hemos de terminar esta reseña social, sin felicitar á la simpática madrina y al caballero Labaque por las finas galanterías con que colmaron á la numerosa concurrencia. Igualmente

humanidad nueva y se inspiraban en aquella amplia filosofía, que rechazan do la estrecha idea de un mundo hecho únicamente para el hombre, abraza toda la extensión de un universo habitado.

Pero en el fondo, cuando reflexionan bien, comprendían que no podían abandonarles toda esperanza, que no podían renunciar á volver á la tierra algún día, mientras la Tierra se presentara sobre el horizonte de Galia entre los misterios de este y los del firmamento. Por lo demás, si se libraban de los peligros ocasionados por la vecindad de Júpiter, el teniente Procopio le había repetido muchas veces que Galia no tendría ya que temer nada, ni de Saturno, demasiado lejano, ni de Marte, cuya órbita cortaría de nuevo al volver hacia el Sol. Así, estaban decididos, como Guillermo Tell, á otra



